

ro que no podia acordarse en dónde me habia visto.—Yo iba, le respondí, á casa de vd. en tiempo que le servia un amigo mio llamado Fabricio Nuñez.—¡Ah! ya me acuerdo, repuso el administrador con una sonrisa maligna, por señas que los dos érais muy buenas alhajas é hicisteis admirables muchachadas. ¿Y qué se ha hecho el pobre Fabricio? Siempre que pienso en él me tienen con cuidado sus asuntillos.

—Me he tomado la libertad de detener á vd. en la calle, dije al Señor Manuel, precisamente para darle noticias tuyas. Sepa vd. que Fabricio está en Madrid ocupado en hacer obras misceláneas.—¿A qué llamas obras misceláneas? me replicó.—Quiero decir, le contesté, que escribe en prosa y en verso: compone comedias y novelas: en suma, es un mozo de ingenio, y es bien recibido en las casas distinguidas.—¿Y cómo lo pasa con su panadero? me preguntó el administrador.—No tan bien, le respondí como con las personas de calidad; porque, aquí, para entre los dos, creo que está tan pobre como Job.—¡Oh! en eso no tengo la menor duda, repuso Ordoñez. Haga la corte á los grandes todo lo que quisiere; sus complacencias, sus lisonjas, y sus vergonzosas bajezas le producirán todavía menos que sus obras. Desde luego os lo pronostico: algun dia le veréis en el hospital.

—Eso no me causará novedad, dije yo, porque la poesía ha llevado á él á otros muchos. Mucho mejor hubiera hecho mi amigo Fabricio en haberse mantenido á la sombra de vd., que á la hora de esta estaria nadando en oro.—Á lo menos nada le faltaria, respondió Ordoñez; yo le queria bien, y poco á poco le iba ascendiendo de puesto en puesto, hasta asegurarle un sólido acomodo en la casa de los pobres, cuando se le antojó querer pasar por hombre de ingenio. Compuso una comedia que hizo representar por los comediantes que á la sazón se hallaban en esta ciudad; la pieza logró aceptación, y desde aquel punto se le trastornó la cabeza al autor. Imagínose ser otro Lope de Vega, y prefiriendo el humo de los aplausos del público á las verdaderas conveniencias que mi amistad le preparaba, se despidió de mi casa. En vano procuré persuadirle que dejaba la carne por correr tras la sombra: no pude detener á este loco á quien arrastraba el furor de escribir.—No conocia su felicidad, añadió: buena prueba es de esto el criado que recibí despues que él me dejó: mas juicioso que Fabricio y con menos talento que él, se aplicó únicamente á desempeñar bien los encargos que le hago, y á darme gusto. Por eso le he adelantado como merecia, y en la actualidad está desempeñando en el hospital dos destinos, el menor de los cuales es mas que suficiente para sustentar á un hombre de bien cargado de una numerosa familia.



CAPITULO II.

Prosigue Gil Blas su viage, y llega felizmente á Oviedo: en qué estado halla á su familia. Muerte de su padre, y sus consecuencias.



DESDE Valladolid nos pusimos en seis dias en Oviedo, á donde llegamos sin habernos sucedido la menor desgracia en el viage, á pesar del refran que dice: *huelen de léjos los bandoleros el dinero de los pasajeros*. Á la verdad, si hubieran olido el nuestro, no habrian errado el golpe; y solo dos habitantes de una cueva habrian bastado para soplarnos nuestros doblones, porque en la corte yo no habia aprendido á ser valiente, y Beltran mi mozo de mulas, no parecia tener gana de dejarse matar por defender la bolsa de su amo; solo Escipion era un poco espadachin.

Ya era de noche cuando llegamos á la ciudad: nos apeamos en un meson poco distante de la casa de mi tío el canónigo Gil Perez. Deseaba yo tener noticia del estado en que se hallaban mis padres antes de presentarme á ellos; y para saberlo, no podia dirigirme á quien me informase mejor, que al mesonero y la mesonera, que sabia ser personas que no podrian ignorar cuanto pasaba en casa de sus vecinos. Con efecto, despues de haberme mirado el mesonero con la mayor atencion, me conoció, y exclamó fuera de sí:—¡Por San Antonio de Padua, que este es el hijo del buen escudero Blas de Santillana!—Sí por cierto, añadió la mesonera: el mismo es, y apenas se ha mudado: es aquel despabiladillo Gil Blas que tenia mas talento que cuerpo: pareceme que le estoy viendo cuando venia aquí con la botella por vino para cenar su tío.

—Señora, dije á la mesonera, no se puede negar que tiene vd. una memoria feliz; pero deme, vd. le ruego, noticias de mi familia: sin duda que mis padres no deben estar en una situacion agradable.—Demasiado cierto es, respondió la mesonera; por triste que sea el estado en que vd. pueda representárselos, no es posible imaginar que haya dos personas mas

dignas de compasion que ellos. El buen señor Gil Perez está baldado de la mitad del cuerpo, y naturalmente vivirá muy poco: su padre de vd. que de algun tiempo á esta parte vive con el canónigo, padece una opresion de pecho, ó por mejor decir, se halla actualmente entre la vida y la muerte; y su madre de vd., que tampoco goza la mejor salud, se ve precisada á servir de asistencia á los dos enfermos.

Así que oí esta relacion, que me hizo conocer que era hijo, dejé á Beltran en el meson en guarda de mi equipage, y acompañado de mi secretario Escipion, que no quiso apartarse de mi lado, pasé á casa de mi tio. Apenas me puse delante de mi madre, cuando cierta conmocion que sintió en su interior le hizo conocer quien yo era, aun antes de tener tiempo para ecsaminar las facciones de mi rostro.—Hijo mio, me dijo tristemente echándome los brazos al cuello, ven á ver morir á tu padre; á tiempo llegas, para ser testigo de tan doloroso espectáculo. Diciendo esto, me llevó á un cuarto donde el triste Blas de Santillana, tendido en una cama, que mostraba bien la miseria de un pobre escudero, estaba ya á los últimos. Sin embargo, aunque cercado de las sombras de la muerte, todavia conservaba algun conocimiento.—Amado esposo, le dijo mi madre, aquí tienes á tu hijo Gil Blas, que te pide perdon de todos los disgustos que te ha causado, y te ruega le echés tu bendicion. Al oír esto abrió mi padre los ojos, que ya comenzaban á cerrarse para siempre, fijólos en mí, y observando, á pesar de la postracion en que se hallaba, que yo lloraba su pérdida, se enterneció de mi dolor. Quiso hablarme, mas no pudo. Yo entonces le tomé una mano, y mientras se la bañaba en lágrimas, sin poder proferir una palabra, ecsaló el último aliento, como si solo hubiera esperado á que yo llegase para espirar.

Mi madre, tenia demasiado consentida esta muerte para afligirse desmedidamente; quizá me afligí yo mas que ella; sin embargo de que mi padre en su vida me habia dado la menor demostracion de cariño. Ademas, de que bastaba ser hijo suyo para llorarle, me acusaba á mí mismo de no haberle socorrido; y acordándome de haber tenido esta insensibilidad, me consideraba como un monstruo de ingratitud, ó por mejor decir, como un parricida. Mi tio, á quien ví despues postrado en otra cama poco menos pobre, y en un estado lastimoso, me hizo experimentar nuevos remordimientos. Hijo desnaturalizado, me dije á mí mismo, considera para tu mayor tormento la miseria en que se hallan tus parientes. Si los hubieras socorrido con parte de lo que te sobraba de los bienes que poseías antes de estar preso, les hubieras proporcionado las comodidades á que no podia alcanzar la renta de la prebenda, y de esta manera acaso hubieras alargado la vida á tu padre.

El desdichado Gil Perez estaba ya lelo; habia perdido la memoria y

el juicio. De nada me sirvió estrecharle entre mis brazos y darle muestras de mi ternura, porque ninguna impresion le hicieron. Por mas que mi madre le decia que yo era su sobrino Gil Blas, no hacia mas que mirarme con un aire imbécil, sin responder nada. Aun cuando la sangre y el agradecimiento no me hubieran obligado á compadecerme de un tio á quien tanto debia, no hubiera podido menos de hacerlo, viéndole en una situacion tan digna de lástima.

Durante este tiempo, Escipion guardaba un profundo silencio, me acompañaba en mi pena, y mezclaba por amistad sus suspiros con los míos. Apreciéndome que despues de tan larga ausencia tendria mi madre muchas cosas reservadas que decirme, y que podia detenerla la presencia de un hombre á quien no conocia, le llamé aparte, y le dije:—Vete, hijo mio, á descansar al meson, y déjame aquí con mi madre, que acaso te creeria de mas en una conversacion, que no recaerá sino sobre asuntos de familia. Retiróse Escipion por no incomodarnos, y efectivamente mi madre y yo estuvimos hablando toda la noche. Nos dimos recíprocamente fiel cuenta de todo lo que á uno y otro nos habia sucedido desde mi salida de Oviedo. Ella me hizo estensa relacion de todas las desazones que habia tenido en las varias casas donde habia servido de dueña, confiándome en el asunto muchas cosas, que no me hubiera alegrado las hubiese oido mi secretario, sin embargo de no tener yo nada reservado para él. Con todo el respeto que debo á la memoria de mi madre, diré que la buena señora era algo prolija en sus relaciones, y me hubiera ahorrado las tres cuartas partes de su historia si hubiese suprimido las circunstancias inútiles de ella.

Acabó por fin su relacion, y yo dí principio á la mia. Conté por encima todas mis aventuras; pero cuando llegué á la visita que me habia hecho en Madrid el hijo de Beltran Moscada, el especiero de Oviedo, me estendí un poco sobre este pasage.—Confieso, señora, dije á mi madre, que recibí con despego al tal mozo, el cual por vengarse de ello no habrá dejado de hablaros muy mal de mí.—Así es, me respondió: díjonos que te habia encontrado tan engreido con el favor del primer ministro de la monarquía, que apenas te habias dignado conocerle; y que cuando te pintó nuestras miserias le oíste con la mayor frialdad. Pero como los padres y las madres, añadió ella, procuran siempre disculpar á sus hijos, no pudimos creer tuvieses tan mal corazon. Tu venida á Oviedo acredita la buena opinion que teniamos de tí, y el sentimiento de que te veo lleno, la acaba de confirmar.

—Me hace mucho favor, respondí, ese buen concepto que á vd. debo; pero lo cierto es que en la relacion del hijo de Moscada hay alguna verdad. Cuando me vino á ver estaba yo embriagado con mi fortuna, y la ambi-

cion que me dominaba no me permitia pensar en mis parientes. De consiguiente, hallándome en semejante disposicion, no es de admirar que recibiese mal á un hombre que, acercándose á mí de un modo grosero, me dijo brutalmente que, habiendo sabido que yo estaba mas rico que un judío, iba á aconsejarme que enviase á ustedes algun dinero, respecto á que se veían en grande necesidad, y aun me echó en cara, en términos nada comedidos, mi indiferencia hácia mi familia. Me incomodó su llaneza, y perdiendo la paciencia le eché á empujones de mi cuarto. Confieso que me porté mal en aquella ocasion, que debí reflexionar no era culpa vuestra la falta de atencion del especiero, y que el consejo merecia seguirse, aunque habia sido grosero el modo de dármelo. Este fué lo que me ocurrió al pensamiento un momento despues que habia despedido á Moscada. La sangre hizo en mí su oficio, y acordándome de mis obligaciones hácia mis padres, me avergoncé de haberlas cumplido tan mal, y sentí remordimientos de los cuales no puedo sin embargo hacer mérito con vd., puesto que fueron sofocados inmediatamente por la avaricia y por la ambicion. Pero despues fuí encerrado por orden del rey en el alcázar de Segovia, en donde caí gravemente enfermo, y esta dichosa enfermedad es la que á vd. le restituye su hijo. Sí por cierto: mi enfermedad y mi prision fueron las que hicieron recobrar á la naturaleza todos sus derechos, y las que me han desprendido enteramente de la corte. Hoy solo suspiro por la soledad, y he venido á Asturias con el fin únicamente de suplicar á vd. se venga conmigo á que disfrutemos juntos las dulzuras de una vida retirada. Si vd. admite mi oferta, la conduciré á una posesion que tengo en el reino de Valencia, en donde espero que pasaremos una vida muy cómoda. Bien podrá vd. conocer que mi ánimo era llevar tambien á mi padre; pero ya que el cielo ha dispuesto otra cosa, logre yo á lo menos la satisfaccion de tener en mi compañía á mi madre, y pueda reparar con todas las posibles atenciones el tiempo que pasé sin servirle de nada.

—Quedo muy agradecida á tus buenas intenciones, me dijo entonces mi madre; sin duda alguna me iria contigo, á no impedírmelo algunas dificultades. En primer lugar, no puedo desamparar á tu tío y mi hermano en el estado en que se halla: despues de eso estoy muy connaturalizada con este pais para que yo le deje; sin embargo, como esto merece escaminarse con madurez, quiero meditarlo despacio: por ahora solamente debemos pensar en los funerales de tu padre.—Ese cuidado, le respondí, se lo encargaremos á este mozo que vd. ha visto conmigo, que es mi secretario: tiene talento y celo, y podemos descuidar en él.

No bien habia pronunciado estas palabras, cuando entró Escipion, porque era ya dia claro. Preguntónos si podia servirnos de algo en el

apuro en que nos hallábamos. Respondíle que llegaba muy á tiempo para recibir una orden importante que pensaba darle. Luego que se impuso de lo que se trataba:—Basta, dijo, ya tengo ideada acá en mi cabeza toda la ceremonia, y ustedes podrán fiarse de mí.—Pero guardaos bien, añadió mi madre, de pensar en un funeral que tenga la menor apariencia de ostentacion: por modesto que sea, nunca lo será demasiado para mi esposo, á quien toda la ciudad ha conocido por un escudero de los mas pobres.—Señora, respondió Escipion; aunque hubiera sido mucho mas infeliz, no por eso rebajaré dos maravedis. Solo debo tener presente las circunstancias de mi amo: habiendo sido favorito del Duque de Lerma, á su padre debe enterrársele con grandeza.

Aprobé el designio de mi secretario, y aun le encargué que no economizase el dinero: un resto de vanidad que yo conservaba todavia, se despertó en esta ocasion. Me lisongeé de que, haciendo este dispendio por un padre que ninguna herencia me dejaba, admirarian todos mi porte generoso. Mi madre por su parte, á pesar de la gran modestia que aparentaba, no dejaba de alegrarse de que su marido fuese enterrado con pompa. Dimos, pues, amplias facultades á Escipion, que sin perder tiempo, marchó á dar las disposiciones necesarias para un suntuoso entierro.

Saliéronle muy bien: celebróse un funeral tan magnífico, que irritó contra mí á la ciudad y arrabales; á todos los vecinos de Oviedo, desde el mayor hasta el menor, chocó infinito mi ostentacion.—Este ministro, de la noche á la mañana, decia uno, tiene dinero para enterrar á su padre y no lo tuvo para mantenerle.—Mejor hubiera sido, decia otro, haber tenido mas amor á su padre vivo, que hacerle tantas honras despues de muerto. En fin, ninguna lengua pecó de corta, cada una disparó su saeta. No se contentaron con esto: cuando salimos de la iglesia, así á mí como á Escipion y á Beltran nos cargaron de injurias, acompañándonos hasta nuestra casa las befas y gritería de los muchachos, los cuales llevaron á Beltran á pedradas hasta el meson. Para disipar la canalla que se habia agolpado delante de la casa de mi tío, fué menester que mi madre se asomase á la ventana, y asegurase á todos que no tenia queja ninguna de mí. Otros hubo que fueron corriendo al meson donde estaba mi silla para hacerla mil pedazos, como infaliblemente lo hubieran ejecutado, si el mesonero y la mesonera no hubieran hallado modo de sosegar aquellos ánimos furiosos, y disuadirles de semejante intento.

Todas estas afrentas, que eran otros tantos efectos de lo que habia hablado de mí el mozo especiero en la ciudad, me inspiraron tal aversion hácia mis paisanos, que determiné salir cuanto antes de Oviedo, en donde á no haber sido esto, tal vez me hubiera detenido algun tiempo mas.

Díjesele á mi madre claramente, y como no estaba menos sentida que yo de ver lo mal que me habia recibido mi pais, no se opuso á mi resolucion. Solo se trató del modo de portarme con ella en adelante.—Madre, le dije: ya que vd. no puede abandonar á mi tio, no debo insistir en que se venga vd. conmigo; pero como segun todas las señales, no puede estar muy distante el fin de sus dias, deme vd. palabra de venir á vivir en mi compañía luego que él fallezca.

—Esa palabra, hijo mio, no te la daré; yo quiero pasar en Asturias los pocos dias que me quedan de vida, y con total independencia.—Pues qué, señora, le repliqué: ¿no será vd. dueña absoluta en mi casa?—No lo sé, hijo mio, me respondió: tal vez te enamorarás de alguna niña linda, y te casarás con ella; será mi nuera, yo su suegra, y no podremos vivir juntas.—Vd., le dije, prevee los disgustos muy de lejos. Por ahora no pienso en casarme; pero si en algun tiempo tuviese esta idea, esté vd. cierta de que mandaré á mi muger que en todo y por todo esté sujeta á la voluntad de vd.—Te obligas temerariamente á una cosa, repuso mi madre, que nunca podrás cumplir; antes bien no me atreveria yo á afirmar que si entre la suegra y la nuera ocurriesen algunas desazones, no te declarases á favor de tu muger antes que al mio, por grande que fuese su sinrazon.

—Señora, habla vd. como un oráculo, dijo mi secretario metiéndose en la conversacion; yo pienso como vd., que las nueras dóciles son muy contadas. Así, pues, para que vd. y mi amo queden contentos, ya que quiere vd. decididamente permanecer en las Asturias y él en el reino de Valencia, será menester que le señale una renta anual de cien doblones que yo me encargo de traer aquí todos los años, y por este medio la madre y el hijo estarán muy satisfechos uno de otro á doscientas leguas de distancia. Aprobaron el convenio las dos partes interesadas, y yo desde luego pagué adelantado el primer año, y salí de Oviedo al dia siguiente antes de amanecer, por miedo de que el populacho no me tratara como á San Estévan. Tal fué el recibimiento que se me hizo en mi patria. Admirable leccion para aquellas personas de humilde nacimiento, que, habiendo enriquecido fuera de su pais, quieren volver á él para hacer de personas de importancia.



CAPÍTULO III.

Toma Gil Blas el camino del reino de Valencia, y llega en fin á Liria: descripcion de su Quinta: cómo fué recibido en ella, y qué gentes encontró allí.



OMAMOS el camino de Leon, despues el de Palencia, y siguiendo nuestro viage á cortas jornadas, llegamos al cabo de veinte dias á Segorve, y al dia siguiente por la mañana entramos en mi quinta, que solo dista cinco leguas de aquella ciudad. Advertí que, conforme nos íbamos acercando, mi secretario observaba con la mayor atencion todas las quintas que á diestra y siniestra se le ofrecian á la vista. Luego que descubria alguna de grande apariencia, me decia enseñándomela con el dedo: —Me alegrara que fuera aquel nuestro retiro.

—No sé, amigo mio, le dije, qué idea te has formado de nuestra morada; pero si te la figuras como una casa magnífica, como la hacienda de un gran señor, desde luego te digo que estás muy equivocado. Si no quieres que tu imaginacion se ria despues de tí, represéntate aquella casa campestre que Mecenas regaló á Horacio, situada en el pais de los Sabinos cerca de Tívoli. Haz cuenta que Don Alfonso me ha hecho un regalo muy semejante á aquel.—Segun eso, replicó Escipion, solo debo esperar que tendremos por albergue una cabaña.—Acuérdate, repuse yo, que siempre te hice una descripcion muy modesta de ella; y si quieres juzgar por tí mismo de la fidelidad de mi pintura, vuelve la vista hácia el rio Guadalaviar, y mira sobre su orilla, junto aquella aldehuela de nueve á diez casas, aquella que tiene cuatro torrecillas, que esa es mi quinta.

—¡Díante! exclamó entonces asombrado mi secretario: aquel edificio es una preciosidad. Ademas del aspecto de nobleza que le dan sus torrecillas, puede añadirse que está bien situado, bien construido y rodea-